

COMUNICACION A LA SEGUNDA PONENCIA DEL I CONGRESO DE ANABAD

PRESENTADA por MILAGROS DEL CORRAL

Vicedirectora de la Biblioteca de la
Universidad Complutense de Madrid

Antes de entrar en el contenido de esta Comunicación, quisiera expresar mi felicitación a la Ponencia por la moderación, objetividad y acierto con que ha abordado la redacción del texto-base de esta sesión de trabajo. Mi única objeción a sus enunciados se centra quizás en considerar poco afortunado el propio título de la Ponencia puesto que no se trata tanto de «una definición del bibliotecario español», sino más bien de «el bibliotecario español a la búsqueda de su identidad profesional» como abiertamente se indica en el preámbulo.

El estado de crisis que inequívocamente caracteriza nuestra época en todos los ámbitos de la vida social y colectiva no podía por menos de afectar a la institución bibliotecaria española que ha de hacer frente a una auténtica crisis de identidad tanto más grave cuanto que su lento desarrollo a lo largo del siglo la aleja peligrosamente de sus homónimas extranjeras. Como se ha dicho recientemente, aunque resulte paradójico apurando ya 1981, las bibliotecas españolas están en muchos aspectos más próximas al siglo I que al siglo XXI. ¿Será esto cierto también en el caso de los bibliotecarios? Antes de intentar dar respuesta a esta pregunta y puesto que en la Ponencia se sostiene, a mi juicio acertadamente, que «el bibliotecario no puede ser entendido más que en función de la biblioteca y que la evolución del concepto y función de ésta ha arrastrado consigo los del bibliotecario», vamos a tratar de identificar la función social de la institución bibliotecaria que constituye su razón de ser.

Ante todo, conviene resaltar que la biblioteca debe estar dotada de la suficiente *flexibilidad para adaptarse a las demandas de la sociedad* a la que sirve, alerta siempre a sus nuevas inquietudes e intereses y no menos *alerta a los avances tecnológicos* apropiados para satisfacer aquéllos.

Las bibliotecas como servicio público

Es necesario asimismo que la biblioteca adquiera conciencia de su carácter como institución de servicio público lo cual supone evitar toda tendencia narcisista de justificarse socialmente por sí misma convirtiéndose en un mero hijo que la sociedad opulenta sostiene por simple prestigio, a lo sumo, como objeto de consumo cultural de masas.

La idea de la biblioteca como servicio público debe descargarse, no obstante, de cualquier contenido providencialista según el cual «papá-Estado» proveerá. Por el contrario, es necesario fomentar que la biblioteca es de todos (no del bibliotecario) y para todos por lo que, en cierta medida, todos somos responsables de su mejor o peor desarrollo. Y es lógico que ello sea así dado su papel fundamental en el proceso de la información científica y su función social de «alta tensión» en cuanto medio de comunicación capaz de promover la cultura, servir de apoyo inestimable a la educación en todas sus facetas e incluso actuar como agente terapéutico en comportamientos sociales atípicos.

Partiendo de la tesis orteguiana acerca de la misión del bibliotecario, resulta útil avanzar en el análisis de las dimensiones de la biblioteca, inserta en nuestros días en el proceso de la comunicación.

Destaquemos brevemente que la biblioteca tiene una característica esencial que la distingue de los restantes medios o canales de comunicación: acercándose a *todos los individuos sin excepción* de edad, sexo, ideología, condición socioeconómica o nivel cultural (*dimensión social*), ofrece a *cada uno de los individuos* un sinfín de posibilidades de selección singularizada que permite una formación integral, despierta el espíritu crítico y fomenta los intereses individuales desarrollando al «hombre» frente al «hombre-masa» (*dimensión individual*). Pero es que a todo ello se suma su condición como *factor de integración social* en su comunidad o entorno al actuar como punto de encuentro tanto en el área residencial como en la institución docente o en el medio típicamente laboral gracias a las actividades que puede y debe organizar, no sólo con carácter institucional, sino también en conexión con otros sectores y fuerzas culturales y sociales (*dimensión integradora*).

De lo antedicho se desprenden ya ciertas conclusiones útiles para la deslimitación de la función social del bibliotecario que busca su identidad profesional. Como detrás de la biblioteca está el hombre que constituye su verdadero motor, aquélla no será flexible si el bibliotecario no es receptivo; aquélla no estará alerta a los avances tecnológicos si el bibliotecario los desconoce o no recela de ellos. Dificilmente desarrollará la biblioteca las tres dimensiones antes destacadas si el profesional se encierra en sí mismo o se instala en la Biblioteconomía como «modus vivendi»; si la necesaria unión e intercomunicación profesional se ve sustituida por la mezquina «guerra» de colectivos que no buscan sino la satisfacción de sus intereses personales o de grupo; si la verdadera vocación de servicio se violenta para hacer hincapié en «lo esotérico» de la profesión lo que, por otra parte, no denota sino un cierto complejo de inferioridad.

No hubiera querido mencionar los Cuerpos si no fuera porque la Ponencia lo ha hecho insistentemente y porque el propio tema del Congreso parece traslucir el deseo de una autocrítica sincera. Si algún día alguien

se decide a hacer la historia de los Cuerpos de Bibliotecarios del Estado difícilmente podrá soslayar la valoración de las actitudes mantenidas a lo largo de los tiempos y del grado de responsabilidad que les corresponde en relación con la insatisfactoria situación bibliotecaria que todos lamentamos y cuyo análisis no me propongo hacer aquí.

Mirando al futuro

Es hora ya de afrontar sin reticencias la necesaria institucionalización profesional, hay que superar la resistencia pasiva al cambio y la individualización a través de la formación continuada y del fomento a la tarea investigadora en nuestro campo, tenemos que salir del «guetto» bibliotecario en el que más o menos conscientemente nos hemos instalado para buscar el apoyo de otros colectivos y favorecer acciones integradas, hay que estimular el asociacionismo profesional detectando tareas comunes y problemas específicos de cada área que quizás aconsejen la creación, dentro de ANABAD, de asociaciones especializadas. Por mencionar un ejemplo que me es especialmente próximo, conviene resaltar la oportunidad de una Asociación de Bibliotecarios de Universidad, grupo profesional numéricamente importante ya, cuyos actuales problemas podrán resolverse mejor por la vía del asociacionismo.

Cuando se atraviesan tiempos inciertos, es esencial conocer el norte hacia el que debemos orientarnos y resulta suicida adoptar una actitud abandonista que acepta los hechos consumados más o menos a regañadientes. En la «sociedad de la información» que ya se avizora, la biblioteca tiene un importante papel que desarrollar y es preciso que los profesionales nos aprestemos a defenderlo sabiendo bien quiénes somos, cuántos somos, hacia dónde vamos y cómo quiere la sociedad que sean sus bibliotecas. Anticipo que la lucha no va a ser fácil y que son muchos los que ven en nuestro sector un campo de actuación en el que, con demasiada osadía, todos creen poder encontrar «un lugar al sol».

Pero, por fortuna, somos muchos también los que mantenemos la fe y la ilusión; los que creemos en la ciencia, en el hombre, en la profesionalidad, en la necesidad de la descentralización, en la urgencia de desburocratizar la cultura, en la gestión de las bibliotecas como empresas de largo alcance cultural que han de aprender a «vender» su producto. Somos muchos los que no desdeñamos la coordinación aunque para ello haya que arrinconar personalismos y ambiciones de lucimiento. Somos muchos dispuestos a anteponer las necesidades del lector a otras acciones sin duda más efectistas pero no más efectivas.

Quizá por ello, sólo por ello, hay aún lugar para la esperanza.

Sevilla, 27 de octubre de 1981.